

IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO

La primavera árabe revisitada

Reconfiguración del autoritarismo
y recomposición del islamismo

Prólogo

BERNABÉ LÓPEZ GARCÍA

Primera edición, septiembre 2015



THOMSON REUTERS PROVIEW™ eBOOKS
Incluye versión en digital

La edición de este libro ha contado con una ayuda del proyecto de I+D+i LAS REVUELTAS ÁRABES: ACTORES POLÍTICOS EMERGENTES y I+D+RECONFIGURACIÓN DE LA ESFERA PÚBLICA EN EL NORTE DE ÁFRICA Y ORIENTE MEDIO (CSO2012-37779) subvencionado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

El editor no se hace responsable de las opiniones recogidas, comentarios y manifestaciones vertidas por los autores. La presente obra recoge exclusivamente la opinión de sus autores como manifestación de su derecho de libertad de expresión.

La Editorial se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).

Por tanto, este libro no podrá ser reproducido total o parcialmente, ni transmitirse por procedimientos electrónicos, mecánicos, magnéticos o por sistemas de almacenamiento y recuperación informáticos o cualquier otro medio, quedando prohibidos su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo, por escrito, del titular o titulares del copyright.

Thomson Reuters y el logotipo de Thomson Reuters son marcas de Thomson Reuters

Aranzadi es una marca de Thomson Reuters (Legal) Limited

© 2015 [Thomson Reuters (Legal) Limited / Ignacio Álvarez-Ossorio, José Abu-Tarbush, Bichara Khader, Guadalupe Martínez Fuentes y otros]
Editorial Aranzadi, SA
Camino de Galar, 15
31190 Cizur Menor (Navarra)
ISBN: 978-84-9098-264-8
Depósito Legal: NA 1371/2015
Printed in Spain. Impreso en España
Fotocomposición: Editorial Aranzadi, SA
Impresión: Rodona Industria Gráfica, SL
Polígono Agustinos, calle A, nave D-11
31013 Pamplona

Índice general

	Págin
Presentación	1
IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO	
Prólogo	1
BERNABÉ LÓPEZ GARCÍA	
CAPÍTULO 1	
ESTADOS UNIDOS Y LA PROMOCIÓN DE LA DEMOCRACIA EN ORIENTE MEDIO Y EL NORTE DE ÁFRICA	2
JOSÉ ABU-TARBUSH	
1. Olas de democratización: ¿ralentización o regresión?	2
2. La promoción de la democracia: controversias y limitaciones	2
3. La promoción de la democracia desde la perspectiva estadounidense	3
4. EEUU y las paradojas de la democracia en el mundo árabe	4
5. ¿Implementando la promoción de la democracia en el mundo árabe?	4
6. Conclusiones	4
7. Bibliografía	5
CAPÍTULO 2	
LA UNIÓN EUROPEA ANTE LA PRIMAVERA ÁRABE	5
BICHARA KHADER	
1. Introducción	5
2. La respuesta europea	5
2.1. <i>Una asociación para la democracia y la prosperidad compartida con los países del Mediterráneo Meridional</i>	6

Capítulo 1

Estados Unidos y la promoción de la democracia en Oriente Medio y el Norte de África

JOSÉ ABU-TARBUSH
Universidad de La Laguna

La *promoción de la democracia* nunca ha sido una prioridad en la trayectoria política de EEUU en Oriente Medio y el Norte de África (MENA)¹, ni ha constituido uno de sus principales rasgos definitorios. Su política exterior se ha distinguido justo por lo contrario. Su apuesta histórica por los regímenes autoritarios partía de la firme convicción de que constituían la opción más óptima para proteger sus intereses geoestratégicos y económicos en la región. Desde esta perspectiva, el *interés nacional* de EEUU se vinculó durante décadas a las dictaduras locales como garantes más sólidas de la estabilidad del orden regional. Su poder e intereses primaron en detrimento de su retórica discursiva de difusión de los principios de libertad y democracia por todo el mundo. Se argumentaba entonces que, ante una coyuntura internacional de tensa rivalidad bipolar, no se podían asumir los riesgos que entrañaba el cambio político para la estabilidad regional y, por extensión, para el equilibrio de poder mundial.

En la región árabe la *promoción de la democracia* sólo adquirió cierta visibilidad en la agenda exterior estadounidense muy tardíamente, a lo largo de las dos últimas décadas. Su punto de inflexión no remite tanto al fin de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética como a los dramáticos sucesos derivados del 11-S, y a las expectativas suscitadas por

1. Para su abreviación se seguirá las siglas en inglés de MENA (Middle East and North Africa).

la denominada *primavera árabe*. Ambos acontecimientos manifestaban el carácter disfuncional adquirido por las prolongadas autocracias árabes, que provocaban el efecto contrario a la buscada estabilización y moderación política regional; e incluso afectaban al propio sistema internacional con la transnacionalización y exportación de la violencia extrema (terrorismo yihadista).

Durante este corto recorrido, el espacio que ha ocupado la *promoción de la democracia* en la política exterior estadounidense en el orbe árabe ha sido muy coyuntural, ambiguo, inconstante, oportunista y, a veces, contraproducente. Además de colisionar con otras prioridades geoestratégicas, su concepción y praxis presentan serias limitaciones y una importante controversia política e ideológica. El tipo de democracia que se pretende promover suscita numerosos interrogantes: ¿sólo una democracia procedimental, reducida a la esfera política e institucional sin afectar a la socioeconómica? O bien, ¿se acompañará de medidas económicas aparentemente neutrales y técnicas, pero de claro signo neoliberal? ¿Qué credibilidad y éxito tendría sin un impacto real en las condiciones materiales de vida de millones de personas que identifican la democracia con el desarrollo y el bienestar? Por fascinante que sea su poder, ¿puede –y debe– EEUU exportar e imponer la democracia incluso por vía militar? ¿Debe reemplazar el protagonismo endógeno o, por el contrario, limitarse a acompañar y apoyar a los actores locales y regionales? ¿Hasta qué límites está dispuesto a arriesgar sus intereses en favor de sus proclamados principios de libertad y democracia?

1. OLAS DE DEMOCRATIZACIÓN: ¿RALENTIZACIÓN O REGRESIÓN?

Ningún otro sistema en la política mundial goza de mayor aceptación que la democracia. Concebido como el más justo, estable y resolutivo, la democracia presenta otro valor añadido: su tendencia a mantener relaciones exteriores más pacíficas que las dictaduras; y, por ende, a facilitar un entorno más propicio para la expansión del mercado. El atractivo ejercido por la democracia ha sido notorio a lo largo de la historia más reciente de la humanidad, en particular, entre quienes han sufrido el autoritarismo. Las democracias pasaron de ser una rareza muy minoritaria en el sistema político internacional hasta ocupar una significativa presencia en la actualidad. A principios del siglo XX sólo se contabilizaban una decena de democracias en el mundo, localizadas en América del Norte (EEUU y Canadá), Europa occidental (Finlandia, Islandia, Irlanda, Suecia, Suiza y

Reino Unido) y, puntualmente, en algunas antiguas colonias británicas en Oceanía (Australia y Nueva Zelanda). Aunque originalmente la mayoría era de habla inglesa, las democracias no se redujeron al mundo anglosajón. Su número se elevó a una treintena a mitad del mismo siglo; y, a medida que avanzaba, su horizonte geocultural se fue ensanchando por América Latina, Asia y África, no sin antes rebasar grandes barreras y dificultades. Pero fue a partir del último cuarto de siglo XX cuando registró su más notable ascenso. De 152 Estados en 1975, sólo 41 eran democracias; y de 192 en 1999, 85 países recibían esa calificación. En la recta final del siglo XX, en apenas unos veinticinco años, las democracias pasaron de ocupar el 27 al 45 por ciento del espacio de la sociedad internacional de Estados. Sin embargo, semejante ritmo de crecimiento no se ha vuelto a reproducir desde entonces. Por el contrario, durante los últimos tres lustros se observa una significativa ralentización e incluso una ligera recesión en el proceso de democratización. Avanzada la segunda década del siglo XXI, las democracias han experimentado un aumento mínimo, de apenas un punto porcentual. En 2015 sólo se contabilizan 89 democracias entre 195 países (el 46 por ciento)².

Los evidentes logros de la democracia durante el siglo XX pueden animar a una lectura precipitada y triunfalista de su evolución. Su expansión en el sistema internacional no debe interpretarse de manera lineal ni enteramente optimista. Además de sus diferentes modelos, consolidación, calidad e intensidad, los sistemas democráticos no están libres de crisis, deterioros, estancamientos e incluso regresiones. Su dinámica de crecimiento se ha visto drásticamente frenada durante los últimos años; y la presencia de las democracias en el sistema internacional podría retroceder en favor de los autoritarismos. Esta amenaza es más cierta en las nuevas democracias, menos consolidadas y más vulnerables. Sin olvidar el deterioro en la calidad de las más ricas y establecidas, entre las que se registra cierta regresión en materia de derechos políticos y libertades civiles. En su último informe, de 2015, Freedom House alerta sobre esta situación: “La aceptación de la democracia como la forma dominante de gobierno en el mundo –y de un sistema internacional construido sobre ideales democráticos– está bajo la mayor amenaza de los últimos 25 años”³.

2. Véase FREEDOM HOUSE: “Freedom in the World Country Ratings”. En línea: <https://freedomhouse.org/sites/default/files/Global%20Country%20Status%20Overview%2C%201973-2015.pdf>.
3. FREEDOM HOUSE: *Freedom in the World 2015. Discarding Democracy: Return to the Iron Fist*. En línea: https://freedomhouse.org/sites/default/files/01152015_FIW_2015_final.pdf.

La actual ralentización e incluso regresión de la democratización en la sociedad internacional es objeto de una intensa controversia académica. Una línea de reflexión, sostenida por Larry DIAMOND, apunta que la ausencia de avances significativos no es un mero empate entre democracias y autoritarismos, sino un retroceso. Así se manifiesta en la involución –que alcanzó un 29 por ciento– de los procesos democratizadores contabilizados desde 1974 hasta finales de 2014. Pero también en el arraigo del autoritarismo en Estados estratégicamente importantes como China y Rusia. Su combinación de crecimiento económico y autoritarismo político no incentiva la apertura de otros sistemas políticos igualmente autoritarios, que ven en estas experiencias un modelo a imitar. Sin menospreciar los pobres resultados de las democracias establecidas, que acusan una falta de “voluntad y confianza para promover la democracia de manera efectiva en el exterior”⁴.

En una línea contraria, Steven LEVITSKY y Lucan WAY no observan evidencias del fracaso de las democracias, ni de una reemergencia del autoritarismo. Pese a que reconocen un “ligero retroceso entre 2005 y 2013”, afirman que el estado de la democracia ha permanecido prácticamente estable desde los años noventa. En su opinión, la percepción negativa responde a una lectura equívoca de las transiciones a la democracia en Europa del Este tras el fin de la Guerra Fría, que contaron con unas condiciones –internas y externas– muy favorables. Esto contribuyó a un excesivo optimismo, con expectativas irreales que, al incumplirse, han dado paso a un acusado pesimismo. En concreto, se extrajeron dos lecciones erróneas: que tanto la quiebra del autoritarismo como su apertura conducía, en ambos casos, hacia una inevitable democratización. Por el contrario, sostienen LEVITSKY y WAY, la historia muestra que no siempre ni en la mayoría de las ocasiones se obtiene ese resultado⁵.

Esta controversia sobre los ritmos, avances y retrocesos de la democratización en la sociedad internacional permite comprender –en su justo contexto– sus dificultades en el mundo árabe. Desde la tercera “ola de democratización” (1974-1989), prolongada en los noventa, al menos allí donde son más vulnerables o estás menos consolidadas con las transiciones a la democracia de numerosos países de Europa central y oriental, no se ha vuelto a producir ninguna otra igualmente significativa. Pese a las expectativas suscitadas en un primer momento por la *primavera árabe*, no puede afirmarse que constituyera una nueva ola, concebida por HUNTINGTON

4. DIAMOND, L.: “Facing up to the democratic recession”, *Journal of Democracy*, vol. 26, nº 1, 2015, pp. 141-155.

5. LEVITSKY, S. y WAY, L.: “The myth of democratic recession”, *Journal of Democracy*, vol. 26, nº 1, 2015, pp. 45-58.

como “un conjunto de transiciones de un régimen no democrático a otro democrático, que ocurren en determinado periodo de tiempo y que superan significativamente a las transiciones en dirección opuesta durante ese mismo periodo”⁶. Con la salvedad de Túnez, no se constata un avance de esa trascendencia en Egipto, Libia, Bahreín, Yemen y Siria, los países más intensamente afectados por las revueltas árabes. Cabría afirmar justo lo contrario. Ni siquiera cumplen con su acepción más laxa o minimalista de implicar “la liberación o la democratización parcial en sistemas políticos que no se convierten por completo en democráticos”⁷.

En comparación con las transiciones en Europa del Este, las revueltas árabes carecieron de sus favorables condiciones. En el ámbito interno, la mayoría de las europeas contaron con una significativa cohesión social, sin grandes fisuras étnicas y confesionales; un considerable grado de desarrollo; una sociedad civil más experimentada y fuerte; además de un importante movimiento de oposición. Sus Estados, pese a su carácter funcional, carecían de recursos económicos sustanciales o bien sufrían una importante crisis fiscal y, en su conjunto, presentaban una considerable dependencia externa y, por ende, vulnerabilidad ante la presión de los actores internacionales. En el espacio exterior, el declive del sistema soviético las liberó de las sujeciones geoestratégicas a las que estaban ceñidas. A su vez, el poder, prestigio e implicación de las democracias occidentales funcionó como un importante polo de atracción. La lectura triunfalista del liberalismo sobre el comunismo otorgó a la Unión Europea (UE) y, en particular, a EEUU una notable influencia política y económica en el sistema internacional, reflejada en la entonces denominada “ilusión” o “momento unipolar”⁸. Su política de *promoción de la democracia* liberal y ampliación del mercado alcanzó la mayor intensidad.

Semejantes escenarios no acompañaron las movilizaciones y protestas de la ciudadanía árabe en 2011. En el espacio interno, sus sociedades estaban menos cohesionadas y presentaban una mayor fragmentación étnica y confesional, que los regímenes autoritarios explotaron para romper la unidad de las movilizaciones. Sus sociedades civiles eran más débiles, poseían menor bagaje y carecían de un amplio movimiento de oposición unificado o coordinado. Pese al carácter más disfuncional de sus Estados,

6. HUNTINGTON, S. P.: *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Barcelona, Paidós, 1994, p. 26.

7. *Ibid.*, p. 26.

8. KRAUTHAMMER, C.: “The Unipolar Moment”, *Foreign Affairs*, vol. 70, nº 1, 1990/1991, pp. 23-33 y LAYNE, C.: “The Unipolar Illusion: Why New Great Power Will Rise”, *International Security*, vol. 17, nº 4, 1993, pp. 5-51.

contaban con mayores recursos y apoyos económicos, no estaban tan sumidos en una crisis fiscal, ni se mostraron tan dependientes y vulnerables hacia el exterior. Aunque en algunos casos se registró una lucha entre las elites y cierta disidencia en su aparato coercitivo (Ejército, policía y servicios secretos), no en todos implicó la pérdida del control o del poder como sí ocurrió en Túnez.

En el ámbito externo, presentaron menor vulnerabilidad y utilizaron el chantaje de la alteración del frágil equilibrio geoestratégico regional para resistir y neutralizar la potencial presión internacional. En concreto, la de las democracias occidentales, que consideraban vital la región: suministro energético y contención de Irán (Golfo), seguridad de Israel y del tránsito por el canal de Suez (Oriente Medio), sujeción de la inmigración subsahariana (Magreb) y, en general, alianza contra el terrorismo yihadista. Los autócratas árabes se habían adaptado a los nuevos escenarios de la posguerra fría. Ante la revalorización de la democracia, agitaron el fantasma del islamismo radical y, tras el 11-S, del terrorismo yihadista. Además de "aliados fieles", se presentaron como un "mal menor".

No menos importante era su percepción de la creciente pérdida de influencia y declive del poder de EEUU y la UE en el sistema internacional y, por ende, en MENA. Washington y Bruselas pasaban por la mayor crisis económica y financiera de su historia desde el *crack* de 1929. La UE presentaba una política exterior muy fragmentada e ineficaz, y EEUU parecía retroceder en la región, precedida por su retirada de Irak y la anunciada en Afganistán. A esto se sumaba la emergencia de otras potencias rivales en la competición internacional, que acortaban las ventajas geoestratégicas de la primacía estadounidense. Además, China y Rusia presentaban una atractiva combinación de crecimiento económico y autoritarismo político. Sin olvidar la erosión y desprestigio de la *promoción de la democracia* articulada por la presidencia de Bush y el escaso interés que se percibía en la de Obama.

Sólo Túnez pareció reunir condiciones más propicias, entre las que destacó su irrelevancia geoestratégica y carencia de recursos energéticos; además de poseer una de las sociedades civiles más robustas de la región, con un importante movimiento sindical, experiencia movilizadora, presencia de la mujer en el espacio público, y un Ejército más institucionalizado, sin veleidades intervencionistas, sobre el que perdió el control el régimen. No fue casualidad que las revueltas se iniciaran en su suelo, ni se cobrara el único éxito de transición hacia la democracia, pese a los riesgos y amenazas que todavía acechan al país magrebí.

En suma, las revueltas árabes no lograron su propósito democratizador. Salvo la experiencia tunecina, la regla predominante ha sido su fracaso. El desafío, quiebra o apertura del autoritarismo en la región no se ha traducido en una transición hacia la democracia. Por el contrario, ha dado lugar a situaciones muy heterogéneas: refuerzo del autoritarismo (Bahreín), golpes de Estado e involución (Egipto), guerra civil (Siria y Yemen), colapso del Estado (Libia), reformas epidérmicas (Marruecos y Jordania), y democratización (Túnez).

La frustración de las expectativas creadas por la *primavera árabe* ha dejado paso a un profundo pesimismo. Incluso ha reforzado la percepción de fatalidad arraigada en la región⁹. Las tesis culturalistas han recordado cierto eco mediático ante el actual ciclo de inestabilidad, conflictos y terrorismo. En esta ocasión, su acento no recae tanto en una supuesta confrontación civilizatoria como en el seno del mundo islámico. Se enfatiza su fractura étnica y confesional. Sin explicar del todo que es un efecto, y no la causa, de las rivalidades o conflictos de poder verticales, transnacionales e interestatales. Por ejemplo, el que sostienen Arabia Saudí e Irán, que no han dudado en retroalimentar el sectarismo confesional, a lo largo de las líneas de ruptura entre chiíes y suníes, en aras de movilizar y granjearse apoyos.

Las resistencias que encuentra el avance de la democratización en la escena internacional no se reducen exclusivamente al mundo árabe. Afectan igualmente a otros países. Esto refuta las tesis culturalistas acerca de una presunta excepcionalidad islámica, que sostenían que en otras áreas geopolíticas se atrincheraban diversas dictaduras, pero también se conocían procesos democratizadores. No era el caso del mundo árabe-musulmán, donde sólo predominaban regímenes autoritarios. Sin embargo, las diferentes experiencias democráticas en Indonesia, Turquía, Pakistán o Bangladesh, por irregulares o deficitarias que fueran, indicaban más una excepcionalidad árabe que islámica. Observación realizada desde una óptica política y económica, no culturalista, centrada en el carácter rentista de muchos Estados árabes, ya fuera por las rentas derivadas de su producción energética o de sus prestaciones geopolíticas¹⁰. Pese a la fuerza explicativa de esta argumentación, la experiencia tunecina ha invalidado esta supuesta excepcionalidad árabe. Por primera vez en cuarenta años, desde el esta-

9. Puesta de manifiesto, mucho antes de las revueltas, por el asesinato intelectual libanés KASSIR, S.: *De la desgracia de ser árabe*, Córdoba, Almuzara, 2006.

10. DIAMOND, L.: "Why Are There No Arab Democracy?", *Journal of Democracy*, vol. 21, nº 1, 2012, pp. 93-104.

llido de la guerra civil en el Líbano, en 1975, un país árabe (Túnez) pasó a engrosar la lista de los países democráticos en 2015¹¹.

2. LA PROMOCIÓN DE LA DEMOCRACIA: CONTROVERSIAS Y LIMITACIONES

La *promoción de la democracia* aparece ligada a la tesis de la paz democrática, que destaca la tendencia de las democracias a no entrar en guerra entre ellas, aunque sí con las dictaduras. Su carácter más estable, seguro y pacífico también influye favorablemente en la estabilización, seguridad y pacificación del sistema internacional. Los principales argumentos que explican este comportamiento, asentado en investigaciones empíricas, son estructurales y normativos, unido al refuerzo de su interdependencia económica e integración en organizaciones internacionales¹². A diferencia de las dictaduras, las democracias presentan importantes frenos, contrapesos o elementos disuasorios para adentrarse en una guerra contra otra democracia: contrapesos políticos, equilibrio institucional, pluralidad política, mecanismos de negociación, libertad de expresión, opinión pública, factura electoral, vulnerabilidad ante pérdida de la guerra y, en definitiva, una cultura política de resolución pacífica de los conflictos compartida con otras democracias que se profesan respeto mutuo.

Las críticas que recibe dicha teoría son principalmente de orden metodológico: la definición del sistema democrático afecta al resultado de los estudios empíricos; la muestra insignificante de democracias a lo largo de la historia no advierte su comportamiento futuro ante un incremento de democracias compitiendo entre sí¹³. Otras se centran en las causas fundamentales de los conflictos: lucha por el reparto del poder, influencia y riqueza en un mundo crecientemente demandante de recursos menguantes. Lógica de la que tampoco escapan las democracias¹⁴. En respuesta, incluso

admitiendo que la citada tendencia no se cumpla en su totalidad (ninguna se cumple al cien por cien en ciencias sociales, sólo se advierten regularidades), se argumenta la superioridad moral y política de las democracias sobre las dictaduras como modelo de convivencia. Se suele admitir que las personas gozan de una vida más plena en condiciones de libertad que en otras de sujeción u opresión.

Si sus premisas filosóficas se remontan a *La paz perpetua* de Immanuel KANT, sus primeros esbozos políticos remiten a las incipientes democracias contemporáneas, en particular, la estadounidense. Incluso se ha querido ver sus fundamentos en los “padres fundadores” de EEUU (Jefferson), aunque se reconoce al presidente Woodrow Wilson como su original valedor. Impactado por los dramáticos sucesos de la Primera Guerra Mundial, entendía que para lograr un mundo más pacífico era necesario, en el ámbito interno, acometer reformas de los Estados con la democratización de sus instituciones; y, en el exterior, crear una organización internacional que los integrara en un sistema de seguridad colectiva. Wilson trataba de asentar las bases del orden internacional liberal, caracterizado por relaciones más pacíficas, seguras y propicias para el comercio libre. La democracia merecía ser promovida: “to make the world safe for democracy”. Internacionalismo liberal y PD irían de la mano bajo el liderazgo estadounidense, imbuido por la idea del destino manifiesto y un activismo mesiánico en el que “la religión, el capitalismo, la democracia, la paz y el poder de EEUU eran lo mismo (...)”¹⁵.

La *promoción de la democracia* es definida como el “conjunto de medidas orientadas a establecer, fortalecer, o defender la democracia en un determinado país”. Otra acepción diferente es la *asistencia a la democracia*, concebida como una forma de promoción, que consiste en “proporcionar fondos o asistencia directa a los gobiernos, instituciones o actores de la sociedad civil” que se esfuerzan “para fortalecer una democracia emergente o para promover las condiciones que podrían conducir a un surgimiento de la democracia (...)” allí donde no existe¹⁶. Como otros instrumentos de la política exterior, su promoción adopta medidas políticas, diplomáticas, económicas e incluso militares, empleándose como incentivos positivos o negativos.

Conviene diferenciar la *promoción de la democracia* del “cambio de régimen” y del “intervencionismo democrático” por sus solapamientos.

11. Así fue calificado en el informe anual de FREEDOM HOUSE: *op. cit.*, pp. 6-7.
12. El origen de esta tesis se debe a un artículo publicado en dos partes por DOYLE, M. W.: “Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs, Part 1”, *Philosophy & Public Affairs*, vol. 12, n° 3, 1983, pp. 205-235; y “Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs, Part 2” *Philosophy & Public Affairs*, vol. 12, n° 4, 1983, pp. 323-353. Desarrollándose con posteriores aportaciones de diferentes autores, entre otros véase RUSSETT, B. y ONEAL, J. R.: *Triangulating Peace: Democracy, Interdependence, and International Organizations*. New York, W. W. Norton & Company, 2001.
13. SPIRO, D. E.: “The Insignificance of the Liberal Peace”, *International Security*, vol. 19, n° 2, 1994, pp. 50-86.
14. KLARE, M. T.: *Planeta sediento, recursos menguantes*, Barcelona, Tendencias Editoriales, 2008.

15. ANDERSON, P.: *Imperium et Consilium: La política exterior norteamericana y sus teóricos*, Madrid, Akal, 2014, p. 16.
16. AZPURU, D.; FINKEL, S. E.; PÉREZ-LIÑÁN, A. y SELIGSON, M. A.: “¿Qué está haciendo Estados Unidos?”, *Journal of Democracy en Español*, vol. 1, julio, 2009, pp. 191-202.

Respecto a los objetivos, la *promoción de la democracia* implica a largo plazo un cambio de régimen, de reemplazo de la dictadura por la democracia. Pero el cambio de régimen no necesariamente persigue establecer una democracia. Se puede producir una involución, que una democracia sea reemplazada por una dictadura. Por ejemplo, golpes de Estado contra gobiernos electos, entre otros, de Mossadeq en Irán (1953) y de Allende en Chile (1973). Respecto a los métodos, la *promoción de la democracia* combina instrumentos coercitivos (presión diplomática, condicionalidad de la ayuda, sanciones económicas e incluso la intervención militar), con otros no coercitivos, relativos al *poder blando*, que busca el consentimiento y la complicidad. El cambio de régimen e intervencionismo democrático (Afganistán e Irak) tiende a emplear sólo medidas de *poder duro* o militar.

Además de conceptualmente, la *promoción de la democracia* también es controvertida en la práctica. Su incorporación en la agenda exterior de los Estados presenta serias dificultades y desafíos. Es objeto de numerosas críticas, que cabe agrupar en torno al modelo político y económico de democracia que se promueve; y a la relación entre valores e intereses de sus principales promotores. En esta primera línea de críticas, se observa que entre los diferentes modelos de democracia existentes¹⁷, el de la democracia liberal es el predominante; y el que promueven las democracias occidentales. Conciben la democracia liberal como referencia universal, la única que realmente merece ese reconocimiento. No suele considerarse ni aceptarse del todo otras aportaciones o valores fuera del paradigma de democracia liberal u occidental. Cualquier otra variante es objeto de celos y tiene escasa o nula credibilidad.

Históricamente se ha establecido una forzada separación entre la esfera política y la económica. Pero más que su acepción política, la económica suele ser mayor blanco de las críticas. La *promoción de la democracia* sólo ha incidido en la necesidad de acometer reformas políticas e institucionales, sin el acompañamiento de las económicas. Pero durante las últimas décadas, con el auge de las políticas neoliberales, se invita a la desregulación, liberalización y privatización. Estas directrices suelen venir avaladas por organizaciones económicas internacionales, teóricamente comprometidas con la *promoción de la democracia*, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Sus medidas económicas se presentan como meramente técnicas y apolíticas, cuando en realidad responden a una determinada opción política e ideológica¹⁸. De aquí que sus

17. HELD, D.: *Modelos de democracia*. Madrid, Alianza Editorial, 2007 (2ª edición).

18. BRIDOUX, J.; y KURKI, M.: *Democracy Promotion: A critical introduction*. London, Routledge, 2014, pp. 75-85.

críticos las perciban como una promoción de la economía neoliberal, de apertura y liberalización de los mercados de los países del Tercer Mundo. Esto es, de una "democracia de baja intensidad" o "restringida"¹⁹, que no afecta a las estructuras del sistema productivo²⁰; y que está más centrada en las formas (procedimientos) que en los contenidos (participación, necesidades básicas de la población, derechos y políticas sociales), sin asumir reformas sociales e identificando democracia con capitalismo²¹.

En consecuencia, si las reformas democráticas no alcanzan también a la justicia social y económica, la propia democracia y su promoción pueden verse desacreditadas. El matrimonio entre libertades políticas y privaciones materiales implica riesgos para su estabilidad, máxime entre las democracias emergentes y todavía débiles. Se requiere, por tanto, abordar la tensión entre democracia y economía. Primero, la democracia debe asentarse sobre "bases sólidas", de "viabilidad económica", que combata "la pobreza y la desigualdad". De lo contrario puede suceder que muchos ciudadanos, como ocurre en Latinoamérica, "estarían dispuestos a apoyar a un régimen autoritario si éste pudiera dar respuesta a sus demandas de bienestar". Y, segundo, tampoco se puede ignorar "la viabilidad política de los programas económicos", ni imponerse los "dolorosos procesos de ajuste estructural" como si "fueran neutrales" o "no existiera la democracia". En suma, la democracia no puede construirse de manera separada ni de espaldas a la economía; y, viceversa, no se puede pensar la economía como "si no hubiera democracia", con grandes bolsas de población "sometidas a la pobreza y la desigualdad", que deben ser "atendidas y atajadas" para que la democracia goce de apoyo, credibilidad y estabilidad²².

En la segunda línea de críticas, centrada en los valores e intereses de sus promotores, se advierte que ninguna empresa política es enteramente altruista, tampoco la de la democracia y su difusión. Incluso reconociendo sus mencionados principios y efectos positivos en el sistema internacional, no se puede ignorar los intereses inherentes a sus promotores, menos

19. GILLS, B.; y ROCAMORA, J.: "Low Intensity Democracy", *Third World Quarterly*, vol. 13, nº 3, 1992, pp. 501-523; y RODRÍGUEZ, J.: "La tensa compatibilidad entre capitalismo y democracia o la 'democracia restringida'", *Sistema*, nº 232, 2013, pp. 21-35.

20. ROBINSON, W. I.: *Promoting Polyarchy*. Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

21. SMITH, S.: "US Democracy Promotion: Critical Questions", en COX, M.; IKENBERRY, G. J. e INOBUCHI, T. (Eds.): *American Democracy Promotion: Impulses, Strategies, and Impacts*. Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 63-82.

22. PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO: *La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas*, Buenos Aires: Alfaguara, 2004, pp. 39-40.

aun cuando se articula por potencias mundiales como la estadounidense. Esta controversia es recogida en el debate teórico entre liberales y realistas en torno a la *promoción de la democracia* y el interés nacional de EEUU. Los liberales apuestan por su promoción, convencidos de que cuantos más sistemas democráticos existan, más estables, pacíficas y seguras serán las relaciones internacionales; y se crea un entorno beneficioso para EEUU porque las democracias no se hacen la guerra entre sí, ni amparan el terrorismo²³. Más centrados en asegurar los intereses que en el tipo de régimen cooperante, los realistas expresan sus reservas sobre los beneficios de promover la democracia; y alertan sobre sus riesgos: inestabilidad, gobiernos adversos o conflictos armados. Sus reticencias no excluyen que, en determinadas situaciones, su promoción pueda servir a los intereses estadounidenses²⁴.

Desde una perspectiva crítica, se afirma que EEUU tiende a promocionar la democracia allí donde no colisiona con sus intereses geoestratégicos y económicos, pero ante esa fricción declina su difusión en favor de esos prioritarios intereses²⁵. EEUU ha estado más interesado en mantener su “hegemonía global” que en promover la democracia²⁶. Su apoyo a la democracia ha sido más reactivo que proactivo. Una vez constatados los límites de eficacia de los regímenes autoritarios: cuando han entrado en crisis o en quiebra, han sido objeto de una sistemática contestación política o se han vuelto disfuncionales para sus intereses. Sólo entonces apuesta por un determinado tipo de democracia, la de “baja intensidad”.

Siguiendo la máxima de Lampedusa, su objetivo es introducir algunos cambios en la esfera política e institucional para mantener el *statu quo* en el sistema productivo y económico. Ante la caducidad de las dictaduras y la irresistible democratización, Washington prefiere adherirse a este proceso para “mantener su influencia” y “evitar la pérdida de con-

23. LYNN-JONES, S.: “Why the United States Should Spread Democracy”, *Discussion Paper 98-07*, Center for Science and International Affairs, Harvard University, March 1998. En línea: http://belfercenter.ksg.harvard.edu/publication/2830/why_the_united_states_should_spread_democracy.html (Fecha de consulta: 20 de marzo de 2015).

24. SCHWELLER, R.: “US Democracy Promotion: Realist Reflections”, en COX, M.; IKENBERRY, G. J. e INOGUCHI, T. (Eds.): *op. cit.*, pp. 41-62.

25. SEDACA, N. B. y BOUCHET, N.: “Holding Steady? US Democracy Promotion in a Changing World”, Chanthan House, *Programme Paper*, febrero 2014. En línea: <http://www.chathamhouse.org/publications/papers/view/197475> (Fecha de consulta: 18 de abril de 2015).

26. SCHWELLER, R.: *op. cit.*, p. 61.

trol”. Se busca, así, alejar o neutralizar alternativas más transformadoras o radicales, además de estabilizar y moderar el sistema político ante la creciente contestación popular, el empoderamiento de los movimientos sociales (potencial insurgencia), y la atracción de propuestas disidentes (socializantes o socialdemócratas) de la ortodoxia neoliberal. La apuesta por un nuevo régimen, con renovada credibilidad y legitimidad, pretende superar la inestabilidad e insostenibilidad de las dictaduras, sumidas en un irreversible proceso de descrédito y deslegitimación. Esta renovación del sistema político, sobre bases de legitimidad democrática, no sólo logra neutralizar a las fuerzas más radicales, sino que incluso puede adoptar medidas económicas más drásticas y con menores resistencias sociales que las dictaduras.

Esta diferencia cualitativa entre dictaduras y democracia explica la promoción de la “democracia de baja intensidad” en la política exterior estadounidense. Semejante reajuste “económico e ideológico” en la fase de “la globalización capitalista mundial” complementa la ofensiva de relevantes organizaciones económicas internacionales, empeñadas en derribar las “barreras políticas” para facilitar una mayor “transnacionalización del capital”²⁷. La democratización se reduce al aspecto procedimental (electoral) sin mayor impacto social (mejora material y económica). Lejos de un proyecto emancipatorio, la “democracia de baja intensidad” forma parte, junto al “poder de Estados Unidos” y la “globalización neoliberal”, de una “inestable trinidad”²⁸. En consecuencia, era necesario reemplazar “los viejos métodos de dominación por inviábiles”, mediante una renovación de las “elites gobernantes” y las “formas de control social”. Se recurría a formas de dominación más racionales, consensuadas o consentidas que las meramente coercitivas, de represión directa. En esta mudanza, EEUU pasó de “promover el autoritarismo y la dictadura a promover la poliarquía”, bajo la “rúbrica de la promoción de la democracia”. La contradicción era obvia, se promocionaba simultáneamente un “sistema político de base consensual” y un “sistema socioeconómico excluyente”. Parafraseando a Wilson, más que para la “democracia”, se buscaba que “el mundo esté a salvo para el capitalismo”²⁹.

27. *Ibid.*, pp. 504-506.

28. GILLS, B. K.: “American Power, Neo-liberal Economic Globalization, and Low-Intensity Democracy: An Unstable Trinity”, en COX, M.; IKENBERRY, G. J. e INOGUCHI, T. (Eds.): *op. cit.*, pp. 326-344.

29. ROBINSON, W.: “Promoting Capitalist Polyarchy: The Case of Latin America”, en COX, M.; IKENBERRY, G. J.; e INOGUCHI, T. (Eds.): *op. cit.*, pp. 308-325.

3. LA PROMOCIÓN DE LA DEMOCRACIA DESDE LA PERSPECTIVA ESTADOUNIDENSE

Las diferentes presidencias estadounidenses parten de esta tradición, si bien la *promoción de la democracia* nunca fue una línea de acción prioritaria en su política exterior, en particular, durante la Guerra Fría. Por el contrario, fue objeto de una evidente instrumentalización en la controversia política e ideológica con Moscú. Entonces la contención y retroceso de la URSS ocupaba la centralidad de su acción exterior. Prioridad a la que se supeditaron otras consideraciones y principios, incluida la defensa de los derechos humanos, las libertades y la democracia. El presidente Kennedy señaló el riesgo que implicaba la *promoción de la democracia*, de "inestabilidad transitoria" que sería explotada por la Unión Soviética y alteraría el equilibrio de poder³⁰.

En una dinámica sin precedentes, la presidencia de Ronald Reagan (1981-1989) asumió la *promoción de la democracia* de manera más combativa ante los Estados comunistas, pero sin aplicar similares criterios y contundencia a las dictaduras capitalistas bajo influencia estadounidense. Para sortear este "doble rasero" se elaboró una teoría *ad hoc*, que trataba de racionalizar y justificar la alianza sostenida por EEUU con numerosas dictaduras en el Tercer Mundo. Su embajadora en Naciones Unidas, Jeane Kirkpatrick, introdujo una diferencia sustancial entre regímenes autoritarios y totalitarios. Los primeros eran considerados más blandos, maleables y tendentes a evolucionar hacia modelos más aperturistas hasta alcanzar finalmente su democratización. Los segundos, en contraposición, se mostraban más rígidos, inflexibles e inamovibles, sin perspectivas de evolución hacia formas más abiertas y democráticas³¹. No era casual que las dictaduras "autoritarias" se ubicaban en el área de influencia capitalista y las "totalitarias" en las de obediencia comunista.

Las premisas de las que partía la presunta evolución de las dictaduras "autoritarias" habían sido desarrolladas por los teóricos de la modernización³². El autoritarismo era considerado como una fase tran-

sitoria. Una vez logrado cierto crecimiento económico y la emergencia de una significativa clase media, era cuestión de tiempo que se encaminara hacia la apertura política y, finalmente, la democracia. Desde esta perspectiva, en los años sesenta se brindó un importante apoyo a algunos países en desarrollo, también por razones de seguridad como fortaleza frente al comunismo. Ejemplo ilustrado por los denominados "tigres" o "dragones asiáticos", integrados por Corea del Norte, Hong Kong, Taiwán y Singapur, que desde la década de los sesenta conocieron un importante crecimiento económico e industrialización. EEUU y Japón facilitaron grandes sumas de dinero y abrieron sus fronteras a los productos manufacturados que exportaban los asiáticos ante el temido efecto dominó. Esto es, que los empobrecidos países del sudeste asiático terminarían cayendo uno tras otro ante el avance del comunismo. Pero el milagro asiático, presentado como un modelo para los países subdesarrollados, respondió a unas condiciones muy específicas que difícilmente puedan "repetirse en otra parte y en otro período de la Historia"³³. El paradigma de que la democracia sería una consecuencia del crecimiento y desarrollo económico también fue cuestionado por la inversión de esa relación. La libertad debía acompañar al desarrollo, ser una de sus causas propiciatorias. Sin democracia no había desarrollo social³⁴.

La prospectiva de Kirkpatrick no se cumplió y años después fue desmentida por la realidad. Si bien unos países transitaban hacia la democracia, otros han permanecido bajo férreas dictaduras pese a su notable crecimiento económico y emergencia de una amplia clase media. Además, las dictaduras totalitarias desaparecieron y algunas evolucionaron hacia sistemas democráticos. Sin embargo, dicha tesis cumplió su función de otorgar cobertura política e ideológica, además de intelectual y académica, a la alianza que mantenía Washington con las dictaduras bajo su área de influencia, al mismo tiempo que sostenía una cruzada democratizadora frente a las del bloque comunista. No era la primera vez que se ponían en circulación teorías *ad hoc*, con gran eco mediático, para tratar de legitimar determinados comportamientos o alianzas en su política exterior. El mundo árabe no era ni sería una excepción.

30. ROPE, J.: "John F. Kennedy and Lyndon Johnson", en COX, M.; LYNCH, T. J. y BOUCHET, N. (Eds.): *US Foreign Policy and Democracy Promotion: From Theodore Roosevelt to Barack Obama*, London, Routledge, 2013, pp. 102-120.

31. KIRKPATRICK, J.: "Dictatorships & Double Standards", *Commentary Magazine*, noviembre, 1979.

32. Entre otras obras influyentes, destacan las de ROSTOW, W. W.: *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*. México, Fondo de Cultura Económica, 1973; y HUNTINGTON, S. P.: *El orden político en las sociedades en cambio*, Barcelona, Paidós, 1997.

33. Alejado de las actuales recetas económicas neoliberales, su despegue se realizó desde una economía mixta, con una importante intervención estatal en la orientación económica del mercado, junto a inversiones en agricultura, educación e investigación. BRUNEL, S.: *El subdesarrollo*, Bilbao, Ediciones Mensajero, 2000, pp. 55-74.

34. SEN, A.: *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Editorial Planeta, 2000.

4. EEUU Y LAS PARADOJAS DE LA DEMOCRACIA EN EL MUNDO ÁRABE

Desde mucho antes de la irrupción de la *primavera árabe*, se constataba que los sistemas políticos autoritarios árabes arrastraban una larga crisis de legitimidad³⁵. Su reforma implicaba la siguiente paradoja. De un lado, se reconocía que durante décadas la estabilidad y seguridad del orden regional procedían precisamente del carácter cerrado, represivo y autoritario de sus regímenes. Una vez agotado su repertorio de dominación, se habían vuelto obsoletos e incluso disfuncionales para garantizar esos mismos resultados. Retroalimentaban el radicalismo, la inestabilidad y la violencia extrema. En consecuencia, lejos de ser un valor seguro, se habían transformado en un lastre que hacía peligrar los intereses geoestratégicos y económicos de las potencias aliadas.

Ahora bien, de otro lado, se advertía que para que la estabilidad y la seguridad procediera de su carácter más abierto e incluso democrático, los países dictatoriales tenían inexorablemente que pasar por un periodo de transición, lleno de grandes incertidumbres, turbulencias, amenazas y riesgos –no menores– como la inestabilidad, los conflictos o el terrorismo. Es más, los procesos de apertura y transición desde el autoritarismo no necesariamente conducían a estables, moderadas y pacíficas democracias liberales. El cambio político no garantizaba resultados seguros y favorables a corto o medio plazo. Más inquietante eran sus posibles deslizamientos hacia gobiernos o sistemas políticos adversos a los buscados por los promotores externos de la democracia.

Semejante escenario o “paradoja de la democracia” situaba a EEUU ante diferentes problemas y dilemas. Durante la Guerra Fría “el problema del ‘tirano aliado’” consistía en cooperar con “juntas militares y dictadores”, que eran “aliados útiles” por su anticomunismo. Estos regímenes fueron concebidos como un “mal menor”, pese a la incomodidad, “malestar” o “dificultades” que suscitaba sus “indignantes violaciones de los derechos humanos”. Teóricamente, eran “menos represivos” que los comunistas, perduraban menos tiempo y eran “más sensibles a las influencias externas”. Durante la posguerra fría la situación se complicó, había que “elegir entre un tirano aliado y una democracia hostil”. En contra de lo que se pensaba en las cancillerías occidentales, el resultado de elecciones democráticas en “sociedades no occidentales” no necesariamente daría lugar

a gobiernos con “una actitud de cooperación”, ni serían “prooccidentales”; por el contrario, podrían “llevar al poder a nacionalistas y fundamentalistas antioccidentales”, que serían “bastante menos considerados con los intereses occidentales que sus menos democráticos antecesores”³⁶.

En realidad, el cambio referido es más en los argumentos o justificaciones de la política exterior estadounidense que en su comportamiento, que no varió sustancialmente desde la Guerra Fría. Así, durante la posguerra fría, siguieron primando sus intereses geoestratégicos y económicos sobre las bases de un orden injusto, autoritario y, no pocas veces, ultra-reaccionario, al precio de sacrificar sus proclamados valores de libertad y democracia. Por una u otra razón, Washington nunca encontró el momento oportuno para implementar su agenda democratizadora en la región. Por el contrario, se mostró reticente a asumir los riesgos que implica la democracia, a aceptar la pluralidad de la sociedad internacional, y las contradicciones con otros Estados y sociedades percibidos como más débiles e incluso inferiores. Que estos no secundaran la política exterior de EEUU no necesariamente equivalía a mantener una política antioccidental. Era solo un choque de intereses, no de civilizaciones.

Esta paradoja abrió numerosos interrogantes sobre la democratización en el mundo árabe, en particular, tras la frustrada experiencia argelina a principios de los noventa. Lejos de garantizar y auspiciar gobiernos acomodaticios y prooccidentales, la democracia favorecía a los elementos “hostiles a Occidente”. En consecuencia, los dirigentes occidentales intentaron “influir en las elecciones”; y perdieron el “entusiasmo” por “fomentar la democracia en esas sociedades”³⁷. Desde una óptica conservadora y cortoplacista, temerosa de que los intereses de EEUU y sus aliados regionales se vieran comprometidos, se esgrimieron las tesis culturalistas para explicar las resistencias del mundo árabe a la democratización. Lejos de ser un bien universal, la democracia se entendía como culturalmente enraizada. Así, además de racionalizar y justificar los continuados vínculos con sus regímenes autoritarios, se manifiesta la predisposición a asumir los costes de su carácter disfuncional como un inexorable “mal menor” frente a la temida incertidumbre y paradojas de su potencial democratización. Desde un ángulo opuesto, más crítico y a largo plazo, se considera que la *promoción de la democracia* en las sociedades y Estados árabes no contradice los intereses estadounidenses. Pese a los costes y riesgos que deberá asu-

35. MARTÍN MUÑOZ, G.: *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Bellaterra, 1999; y AYUBI, N. N.: *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del Estado árabe*, Barcelona, Bellaterra, 2000.

36. HUNTINGTON, S. P.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 235.

37. *Ibid.*, p. 235.

mir a corto y medio plazo, la renovación de las fuentes de legitimidad de los sistemas políticos árabes sobre bases democráticas y de mercado liberal favorece el interés nacional de Washington en la región. Como afirmaba su ex secretaria de Estado, Madeleine Albright, la democracia entraña riesgos, pero la no democratización implica otros aún más graves a la larga³⁸.

La respuesta a estos interrogantes y dilemas por las sucesivas administraciones estadounidenses ha sido desigual. Su aproximación a los diferentes Estados y sociedades árabes ha dependido de las distintas coyunturas regionales e internacionales; y también de sus respectivas peculiaridades políticas, económicas, sociales, relaciones exteriores y alianzas geoestratégicas. Su tendencia a acomodarse a la situación se ha visto alterada parcialmente en solo dos ocasiones: una tras los dramáticos sucesos del 11-S; y otra tras la irrupción de la *primavera árabe*. Su reacción ante esos inesperados acontecimientos desvelaba que la agenda democratizadora estadounidense era más reactiva que proactiva. La *promoción de la democracia* sólo había adquirido mayor presencia y visibilidad en su agenda exterior tras el fin de la Guerra Fría. A partir de entonces se incrementó notablemente el presupuesto destinado a la asistencia a la democracia. Por regiones, América Latina fue la mayor receptora en los ochenta, Europa del Este en los noventa y, por último, MENA en la primera década del siglo XXI, muy vinculado a las intervenciones en Afganistán e Irak.

Durante esta nueva etapa de la posguerra fría se mantuvo el comportamiento irregular de sus presidencias. Bush *senior* estuvo más centrado en gestionar la unipolaridad recibida tras la desaparición de la URSS. Ante la restitución de la soberanía kuwaití, aludió genéricamente a la necesidad de reformas políticas en la región sin mayor contenido ni seguimiento. Su mayor esfuerzo se dirigió a auspiciar y mediar en la resolución del conflicto palestino-israelí. Clinton asumió más explícitamente la agenda democratizadora, pero su interés se centró en las reformas económicas, de liberalización y ampliación del mercado global, sin un esfuerzo equivalente en la liberalización política. Su visión de la democratización estaba supeditada a la mejora de las condiciones económicas, que vinculaba mercado y democracia como fase previa y favorable a la apertura política. Con diferencia, Bush *junior* fue el presidente más estrechamente asociado a su promoción. Pero su legado no es el más positivo. Al vincularla con la guerra de Afganistán e Irak terminó desprestigiándola y restándole la poca credibilidad que conservaba. Ante el deterioro de su imagen, el presidente Obama trató

38. ALBRIGHT, M. y WEBER, V.: *In Support of Arab Democracy: Why and How*, New York, Council of Foreign Relations, 2005.

de distanciarse de la trayectoria de su antecesor. Su voluntad democratizadora fue sometido a la prueba de fuego de la *primavera árabe*.

5. ¿IMPLEMENTANDO LA PROMOCIÓN DE LA DEMOCRACIA EN EL MUNDO ÁRABE?

Tras los atentados del 11-S, la administración Bush concluyó que la política exterior seguida durante décadas en la región, de apostar por la estabilidad en detrimento de la libertad y la democracia, no había conseguido “ni lo uno ni lo otro”³⁹. Las dictaduras se habían transformado en una rémora disfuncional que retroalimentaban el descontento político, la radicalización y la violencia extrema. Para romper ese círculo era necesario reconducir sus obsoletos regímenes políticos hacia la apertura, tolerancia y democracia; y construir un nuevo MENA, más estable, seguro y pacífico. Pese a que la *promoción de la democracia* no formaba parte principal de su agenda exterior, este propósito se recogió en la iniciativa de Middle East Partnership Initiative, en 2002; y en el Broader Middle East and North Africa, en asociación con el G-8, en 2004. Su objetivo de “remodelación” política, social y económica, apuntaba también hacia la esfera “estratégica”⁴⁰.

Semejante obra de ingeniería social fracasó desde prácticamente el primer momento. Por motivos diametralmente opuestos, suscitó enormes resistencias y críticas en toda la región. Los autócratas, aliados o no, eran partidarios de mantener el *statu quo*. Las *dictaduras aliadas* temían que las reformas erosionaran su poder. Se presentaban como un “mal menor” ante otra potencial alternativa de dominación. Utilizaban el chantaje de la desestabilización y el ascenso de las fuerzas islamistas, contrarias a la política e intereses estadounidenses. Las *dictaduras no aliadas* veían en dicho proyecto una maniobra más de Washington para desalojarlas del poder y reemplazarlas por dirigentes de obediencia prooccidental. Como desvelaba el caso de Irak, la presión más fuerte se dirigía hacia los regímenes que no estaban bajo su área de influencia (Siria, Irán y, en cierta medida, la Autoridad Palestina), mientras que los autócratas aliados estaban libres de una presión semejante y seguían recibiendo su apoyo. Por su parte, el grueso de la ciudadanía y los movimientos de oposición, desde fuerzas progresistas hasta islamistas, desconfiaban de los planes estadounidenses. No otorgaban mayor credibilidad ni legitimidad alguna, debido a su dila-

39. RICE, C.: “Repensar el interés nacional: El realismo estadounidense para un nuevo mundo”, *Foreign Affairs: Latinoamérica*, vol. 87, nº 4, 2008, pp. 130-150.

40. KHADER, B.: *El mundo árabe explicado a Europa*, Barcelona, Icaria & Antrazyt/IE-Med, 2010, pp. 290-297.

tada trayectoria de apoyo a las autocracias⁴¹. Sin olvidar su parcialidad en el conflicto palestino-israelí, uno de los barómetros por los que se mide la política de EEUU en la región.

Incluso aunque se participara parcialmente del diagnóstico político realizado, se recelaba de su compromiso e implementación. Primero, porque EEUU asumía el protagonismo sobre la defensa de los derechos humanos, las libertades y la democracia cuando su itinerario indicaba justo lo contrario. A la falta de credibilidad y legitimidad, se añadía el descrédito de sumarse a la iniciativa de la potencia exterior más identificada con el patrocinio del autoritarismo en la región. La ciudadanía árabe partidaria del cambio no podía derrochar, así, el capital político acumulado durante largos años de lucha por los derechos humanos y las libertades. El alcance del compromiso con la democracia de la administración estadounidense quedó patente cuando se negó a aceptar los resultados de las elecciones legislativas palestinas en 2006, realizadas bajo la ocupación militar israelí, que otorgaron el triunfo a Hamás; e impuso una serie de sanciones a la Autoridad Palestina para derrocar el gobierno de unidad nacional presidido por Ismael Haniyeh.

Segundo, su propuesta era percibida como meramente coyuntural e instrumental. Bajo la cobertura de promover la democracia, EEUU buscaba afianzar y ensanchar otros objetivos estratégicos y económicos. Su ensayo en Irak ilustraba esa estratagema. Tras agotar su repertorio argumentativo contra Bagdad, Washington justificó finalmente su intervención en nombre de la libertad y la democracia (la denominó *Operación Libertad Iraquí*). En teoría quería hacer de la democratización de Irak un modelo tan atractivo que invitara a su seguimiento por los Estados y sociedades de su entorno. Pero en la práctica su fracaso fue notorio. Todo el poder potencial de EEUU no logró traducirse en poder real en Irak. Lejos de propiciar su democratización más allá de lo procedimental (paradójicamente, las elecciones reforzaron sus fracturas étnicas y confesionales), ni siquiera logró la estabilización del país. Por el contrario, Irak se transformó en un Estado fallido. Atrajo y retroalimentó el terrorismo yihadista, primero el de al Qaeda y, luego, el del autodenominado Estado Islámico (EI); y otorgó a Irán un mayor poder regional, con el empoderamiento de la mayoría chií en Irak y la extensión de su influencia a Siria y, en parte, al Líbano. EEUU erró su cálculo. No se limitó al cambio de régimen, ni cooptó a la elite

41. OTTAWAY, M.: "Promoting Democracy in the Middle East: The Problem of U.S. Credibility", Carnegie Endowment for International Peace, *Working Papers*, n° 35, 2003.

iraquí. Peor aún, desmanteló su Estado cobrándose consecuencias imprevistas e indeseadas.

Al vincular la *promoción de la democracia* a sus intervenciones en Afganistán e Irak, la administración Bush condenó su suerte a la de ambas experiencias. Su escasa credibilidad quedó definitivamente desacreditada. Legó una pesada losa a las siguientes administraciones estadounidenses y una profunda desconfianza hacia otros promotores de la democracia como la UE. A diferencia de sus predecesores, Bush otorgó a la *promoción de la democracia* tres particularidades: sobredimensionó "la intervención militar"; centró su atención en MENA; y la vinculó a "la guerra contra el terrorismo"⁴². Paradójicamente, para esos propósitos, además de los energéticos, contó con la cooperación de las dictaduras aliadas. Los autócratas habían advertido la diferencia entre su ámbito discursivo y su implementación. Incluso adoptaron algunos gestos aperturistas y complacientes, sin arriesgar ninguna parcela de control ni de poder. A medida que la iniciativa estadounidense perdía fuerza, reforzaron su control y se deshicieron de los señuelos aperturistas que se vieron conminados a realizar a regañadientes. El grandilocuente proyecto del Gran Oriente Medio no se tradujo en un incremento de la democracia en la región. Lejos del impacto que buscaba, generó una profunda desconfianza, resentimiento y Estados fallidos (Afganistán e Irak).

Al acceder a su presidencia, Obama se encontró con un entorno regional marcado por la guerra de Afganistán, el programa nuclear iraní, la salida de Irak, la mediación en el conflicto israelo-palestino y la lucha contra el terrorismo. En ese contexto, la *promoción de la democracia* no era su principal preocupación. Más allá de las declaraciones genéricas y de principios, tampoco ocupaba un lugar destacado e inmediato en su agenda exterior. Su margen de maniobra era más limitado que el de su antecesor. Aunque percibido como falta de interés, su administración mantuvo el compromiso de asistencia a la democracia. Su promoción era concebida como una estrategia a largo plazo, sin grandes proyectos ni aspavientos. Lejos de ser un referente para su política exterior, la nueva administración intentaba desmarcarse de su antecesora por su desprestigio y descrédito en esa materia.

Ante el legado de Bush, los realistas se reafirmaron en los riesgos (inestabilidad, conflictos y terrorismo) que entrañaba la *promoción de la democracia* para los intereses estratégicos de EEUU. Cuestionaban que la

42. CAROTHERS, T.: *U.S. Democracy Promotion: During and After Bush*, Washington, DC, Carnegie Endowment for International Peace, 2007.

democracia fuera un antídoto del terrorismo, pues no existían evidencias estadísticas de que el terrorismo esté más presente en regímenes autoritarios que democráticos. A los ejemplos de China e India, sumaban los de sociedades democráticas (Italia, Alemania, Reino Unido y España) que han conocido el terrorismo. Sostenían que nada garantiza que regímenes árabes democráticos reduzcan la amenaza terrorista, pues el objetivo de los grupos yihadistas no es alcanzar precisamente la democracia⁴³.

En esta tesitura, Obama se pronunció sobre la democratización del mundo árabe. En su discurso en El Cairo, junio de 2009, destacó las virtudes de la democracia; reconoció "la controversia" sobre la *promoción de la democracia* por la intervención en Irak; y afirmó que no impondría la democracia por la fuerza. A diferencia de los neoconservadores, Obama era consciente de las limitaciones inherentes a su implementación. Se situaba a medio camino entre la tradición liberal y realista. Washington no podía prescindir de la necesaria cooperación de los regímenes autoritarios, sin renunciar por ello a la democratización y denunciar su "violación de los derechos humanos"⁴⁴. Era una vía aparentemente intermedia y problemática, que intentaba la cuadratura del círculo entre valores e intereses, de permitir cierto "espacio para la democracia en la persecución del interés de EEUU en la región"⁴⁵.

La *primavera árabe* se adelantó a una potencial iniciativa de su administración⁴⁶. El acelerado concatenamiento de levantamientos sobrepasó toda expectativa. Ninguna otra presidencia había sido sometida a una prueba tan real. Era una oportunidad para adaptar más coherentemente su divergente trayectoria entre principios e intereses. La improvisación, el desconcierto y la ambigüedad, unido a la enorme cautela, fueron algunos de los rasgos que caracterizaron su reacción. Además de una respuesta desigual.

Ante la inesperada e inicial revuelta tunecina, Washington aceptó el cambio político y apoyó su transición. A diferencia de otros países,

43. GAUSE III, G. F.: "Can Democracy Stop Terrorism?", *Foreign Affairs*, vol. 84, n° 5, 2005, pp. 62-76.

44. FUKUYAMA, F. y McFAUL, M.: "Should Democracy Be Promoted or Demoted?", *The Washington Quarterly*, vol. 3, n° 1, 2007-08, pp. 23-45.

45. DALACOURA, K.: "US Foreign Policy and Democracy Promotion in the Middle East: Theoretical Perspectives and Policy Recommendations", *Ortodogu Etiitleri*, vol. 2, n° 3, 2010, pp. 57-76.

46. SZMOLKA, I., "Democracias y autoritarismos con adjetivos: la clasificación de los países árabes dentro de una tipología general de regímenes políticos", *Revista Española de Ciencia Política*, n° 26, julio 2011, pp. 11-62.

Túnez era estratégicamente irrelevante, carecía de recursos energéticos y no revestía ninguna significación especial para EEUU. En contraste con esta situación, en Bahrein se impuso la represión frente a las protestas ciudadanas, reforzada por la intervención de Arabia Saudí y los Emiratos Árabes. EEUU apeló a su gobierno a entablar el diálogo con la oposición y evitar la represión. El archipiélago, enclavado en el Golfo Pérsico, era sede de la V Flota de la marina estadounidense, que patrulla el Golfo Pérsico, el Mar Rojo y partes del océano Índico. Su importancia estratégica estaba fuera de toda duda, incluso para algunos países de la península Arábiga como mostraba la implicación saudí y de los Emiratos. Obama no ejerció mayor presión política ni diplomática significativa de reseñar. También evitaba incrementar la tensión con Arabia Saudí, irritada con EEUU por abandonar a un aliado como Mubarak.

Egipto era, con diferencia, el país árabe más importante y simbólico, unido a su ubicación, población, Ejército, canal de Suez y tratado paz con Israel. También fue el que produjo mayores titubeos en la administración estadounidense. Ante las especulaciones y temores de que los acontecimientos en Túnez afectaran al país vecino, Hillary Clinton, su secretaria de Estado, declaraba que poseía un gobierno estable para ser rápidamente desmentida por la realidad. El propio Obama esperaba la dimisión de Mubarak, que no se produjo y finalmente se forzó. El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas asumió el poder. Washington demandó la conducción de una transición "pacífica y ordenada". La llegada del islamista Mohammad Mursi a la presidencia tampoco alteró sustancialmente las relaciones bilaterales. Su mediación para alcanzar una tregua entre Hamás e Israel, en noviembre de 2012, fue elogiada por Obama. Pero su destitución mediante el golpe de Estado protagonizado por Abdel Fattah al-Sisi, al frente de las Fuerzas Armadas, en agosto de 2013, tampoco fue condenada por EEUU (ni por la UE). Sí la represión que siguió, con algunos gestos en materia militar, que en términos generales no ha trastocado su cooperación estratégica.

En Libia apoyó la intervención liderada por la OTAN, sin participación de tropas estadounidenses sobre el terreno; y adoptó un papel secundario o menos visible. Utilizó la cobertura jurídica de la resolución 1973 (2011) del Consejo de Seguridad de la ONU para proteger a los civiles. Precedida por la cobertura política de la petición realizada por la Liga de los Estados Árabes, la Organización de la Conferencia Islámica, el Consejo de Cooperación del Golfo y sus aliados europeos. En contraposición, en Siria rehusó intervenir militarmente, ya fuera bajo el marco

de la OTAN o en coalición con otras fuerzas regionales e internacionales. Las esperanzas de que el régimen sirio recondujera inicialmente la situación, adoptando reformas y negociando con los opositores, se frustraron ante su brutal represión. La presión diplomática sobre Damasco y las sanciones económicas no surtieron efecto, tampoco los intentos de mediación internacional. Obama amenazó con intervenir si se cruzaba la línea roja del uso de armas químicas o biológicas durante la guerra civil. Ante la controvertida acusación sobre su utilización en el verano de 2013, la diplomacia rusa asumió la iniciativa para desactivar dicha amenaza ante un Obama renuente a intervenir militarmente. Sólo tras los avances del EI, se iniciaron bombardeos sobre sus posiciones en Siria con la cooperación de varios países aliados de la región, en septiembre de 2014. La complejidad del conflicto (se libran varios al mismo tiempo) explica la volatilidad de sus escenarios. Con la entrada en escena del EI, un enemigo común, Washington ha pasado de reclamar que el Assad abandone el poder a manifestar su disposición a alcanzar un compromiso con él.

En Yemen, país muy empobrecido, aunque estratégicamente importante en la lucha contra el terrorismo en la península Arábiga, EEUU apoyó la salida negociada del presidente Saleh del poder para lograr una transición lo más ordenada posible. La situación del país se ha complicado durante los últimos meses con la rebelión de los Huthis y la intervención de varios países árabes liderada por Arabia Saudí, confrontación que hace de Yemen un nuevo escenario de la rivalidad regional entre Riad y Teherán. Por último, en las monarquías no petroleras de Jordania y Marruecos, EEUU animó a que acometieran reformas.

Su posición de apoyo a la democratización no ha forzado demasiado la presión, salvo en Libia. Alejado de la experiencia de Bush, a Obama se le ha exigido una mayor involucración en la *promoción de la democracia*, no menos. Su comportamiento cauteloso se debió, según CAROTHERS, a la incertidumbre sobre el impacto que tendrían los cambios en los intereses de EEUU en la región; a no romper del todo los vínculos con los dirigentes objeto de las protestas por si permanecían en el poder; y a evitar estar en el centro de las mismas porque desprestigiaría a sus verdaderos protagonistas; y porque no deseaba asumir la responsabilidad sobre acontecimientos que no sería capaz de controlar ni tampoco de cumplir con sus expectativas⁴⁷.

47. CAROTHERS, T.: *Democracy Policy under Obama: Revitalization or Retreat?*, Washington, DC, Carnegie Endowment for International Peace, 2012, p. 34.

6. CONCLUSIONES

Las críticas a promover una “democracia de baja intensidad” o “restringida” no son un cuestionamiento de la *promoción de la democracia* en sí. El acompañamiento y apoyo internacional al cambio político y las transiciones desde el autoritarismo son fundamentales para su éxito. Pero sin acometer reformas en la esfera socioeconómica, deudora en muchos países de enormes desigualdades y pobreza, la democracia carecería de todo sentido o contenido social. Quedaría reducida a un mero ejercicio procedimental o ritual, sin un impacto significativo en la realidad social.

La ralentización –o, en su caso, regresión– de los procesos de democratización exige una mirada crítica sobre la calidad y satisfacción de la democracia, tanto en las emergentes como en las más consolidadas. El atractivo que cobra el autoritarismo político combinado con el crecimiento económico debería de encender las alarmas en un mundo, el de la democracia liberal u occidental, política e ideológicamente autocomplaciente. Esto no excluye reconocer los espacios de libertad y margen de actuación que abre la *promoción de la democracia*. Así como las oportunidades para su reformulación con contenidos de mayor alcance y emancipatorios.

La política de EEUU ha sido más reactiva que proactiva. Sólo ha apoyado la democracia cuando las dictaduras se han agotado y vuelto disfuncionales para garantizar sus intereses. El mundo árabe no ha sido una excepción. Sus regímenes autoritarios presentan una considerable longevidad y resistencia. A diferencia de América Latina o Europa del Este, EEUU no ha encontrado en MENA un modelo alternativo de democracia liberal, que garantice el *statu quo*. Estas dificultades son explicadas desde la visión esencialista por las presuntas resistencias culturales del mundo árabe a la democratización. Pero la experiencia tunecina, aunque todavía breve e incierta, desmiente este supuesto.

Una explicación más plausible procede de los enormes intereses geoestratégicos y económicos que posee la región para las grandes potencias como EEUU; unido a un frágil equilibrio estratégico y la rivalidad regional e internacional. Precedida por la intervención militar estadounidense que desmanteló el Estado iraquí y alteró el equilibrio de poder regional, en MENA se cruza la competición interestatal, entre potencias regionales (Arabia Saudí, Egipto, Irán, Turquía e Israel) y también internacionales (EEUU, UE, Rusia y China), con la competición vertical, entre ciudadanía y gobiernos autoritarios; además de la transnacional, articulada por la emergencia del terrorismo yihadista y las retroalimentadas e instrumentalizadas líneas de fractura étnica y confesional.

La conflictividad y caos que se ha apoderado de la región sólo refuerza la continuidad del autoritarismo. El temor a este escenario de inestabilidad sirvió de coartada para mantener el apoyo a las dictaduras como garantes del orden regional. Sería injusto responsabilizar de esta situación a la contestación política expresada durante la *primavera árabe*. La mayor responsabilidad recae en la respuesta represiva, que ha retroalimentado todas las dimensiones reacias y retardatarias del cambio político, desde el salafismo hasta el terrorismo. Sin menospreciar los mencionados conflictos, solapados y fraguados desde mucho antes. En suma, en la región se está librando un combate entre las ansias de libertad y dignidad frente al renuente autoritarismo. Cabe preguntarse ¿en qué lado se encuentra EEUU?

7. BIBLIOGRAFÍA

- ALBRIGHT, M. y WEBER, V.: *In Support of Arab Democracy: Why and How*, New York, Council of Foreign Relations, 2005.
- ANDERSON, P.: *Imperium et Consilium: La política exterior norteamericana y sus teóricos*, Madrid, Akal, 2014.
- AZPURU, D.; FINKEL, S. E.; PÉREZ-LIÑÁN, A. y SELIGSON, M. A.: "¿Qué está haciendo Estados Unidos?", *Journal of Democracy en Español*, vol. 1, julio, 2009, pp. 191-202.
- AYUBI, N. N.: *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del Estado árabe*, Barcelona, Bellaterra, 2000.
- BRIDOUX, J. y KURKI, M.: *Democracy Promotion: A critical introduction*, London, Routledge, 2014.
- BRUNEL, S.: *El subdesarrollo*, Bilbao, Ediciones Mensajero, 2000.
- CAROTHERS, T.: *U.S. Democracy Promotion: During and After Bush*, Washington, DC, Carnegie Endowment for International Peace, 2007.
- *Democracy Policy under Obama: Revitalization or Retreat?*, Washington, DC, Carnegie Endowment for International Peace, 2012.
- DALACOURA, K.: "US Foreign Policy and Democracy Promotion in the Middle East: Theoretical Perspectives and Policy Recommendations", *Ortadogu Etütleri*, vol. 2, nº 3, 2010, pp. 57-76.
- DIAMOND, L.: "Why Are There No Arab Democracy?", *Journal of Democracy*, vol. 21, nº 1, 2012, pp. 93-104.
- "Facing up to the democratic recession", *Journal of Democracy*, vol. 26, nº 1, 2015, pp. 141-155.

- DOYLE, M. W.: "Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs, Part 1", *Philosophy & Public Affairs*, vol. 12, nº 3, 1983, pp. 205-235.
- "Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs, Part 2", *Philosophy & Public Affairs*, vol. 12, nº 4, 1983, pp. 323-353.
- FREEDOM HOUSE: "Freedom in the World Country Ratings". En línea: <https://freedomhouse.org/sites/default/files/Global%20Country%20Status%20Overview%2C%201973-2015.pdf>.
- *Freedom in the World 2015. Discarding Democracy: Return to the Iron Fist*. En línea: https://freedomhouse.org/sites/default/files/01152015_FIW_2015_final.pdf.
- FUKUYAMA, F. y McFAUL, M.: "Should Democracy Be Promoted or Demoted?", *The Washington Quarterly*, vol. 3, nº 1, 2007-08, pp. 23-45.
- GAUSE III, G. F.: "Can Democracy Stop Terrorism?", *Foreign Affairs*, vol. 84, nº 5, 2005, pp. 62-76.
- GILLS, B. K.: "American Power, Neo-liberal Economic Globalization, and Low-Intensity Democracy: An Unstable Trinity", en COX, M., IKENBERRY, G. J. e INOGUCHI, T. (Eds.): *American Democracy Promotion: Impulses, Strategies, and Impacts*, Oxford, Oxford University Press, 2000.
- GILLS, B. K. y ROCAMORA, J.: "Low Intensity Democracy", *Third World Quarterly*, vol. 13, nº 3, 1992, pp. 501-523.
- HELD, D.: *Modelos de democracia*, Madrid, Alianza Editorial, 2007 (2ª edición).
- HUNTINGTON, S. P.: *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1994.
- *El orden político en las sociedades en cambio*, Barcelona, Paidós, 1997.
- *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997.
- KASSIR, S.: *De la desgracia de ser árabe*, Córdoba, Almuzara, 2006.
- KHADER, B.: *El mundo árabe explicado a Europa*, Barcelona, Icaria & Antrazyt/IEMed, 2010.
- KIRKPATRICK, J.: "Dictatorships & Double Standards", *Commentary Magazine*, noviembre, 1979.
- KLARE, M. T.: *Planeta sediento, recursos menguantes*, Barcelona, Tendencias Editores, 2008.
- LAYNE, C.: "The Unipolar Illusion: Why New Great Power Will Rise", *International Security*, vol. 17, nº 4, 1993, pp. 5-51.

- KRAUTHAMMER, C.: "The Unipolar Moment", *Foreign Affairs*, vol. 70, n° 1, 1990/1991, pp. 23-33.
- LEVITSKY, S. y WAY, L.: "The myth of democratic recession", *Journal of Democracy*, vol. 26, n° 1, 2015, pp. 45-58.
- LYNN-JONES, S.: "Why the United States Should Spread Democracy", *Discussion Paper 98-07*, Center for Science and International Affairs, Harvard University, March 1998. En línea: http://belfercenter.ksg.harvard.edu/publication/2830/why_the_united_states_should_spread_democracy.html.
- MARTÍN MUÑOZ, G.: *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Bellaterra, 1999.
- OTTAWAY, M.: "Promoting Democracy in the Middle East: The Problem of U.S. Credibility", Carnegie Endowment for International Peace, *Working Papers*, n° 35, 2003.
- PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO: *La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas*. Buenos Aires: Alfaguara, 2004.
- ROBINSON, W. I.: *Promoting Polyarchy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- "Promoting Capitalist Polyarchy: The Case of Latin America", en Cox, M., IKENBERRY, G. J. e INOGUCHI, T. (Eds.): *American Democracy Promotion: Impulses, Strategies, and Impacts*, Oxford, Oxford University Press, 2000.
- RICE, C.: "Repensar el interés nacional: El realismo estadounidense para un nuevo mundo", *Foreign Affairs: Latinoamérica*, vol. 87, n° 4, 2008, pp. 130-150.
- RODRÍGUEZ, J.: "La tensa compatibilidad entre capitalismo y democracia o la 'democracia restringida'", *Sistema*, n° 232, 2013, pp. 21-35.
- ROPE, J.: "John F. Kennedy and Lyndon Johnson", en Cox, M.; LYNCH, T. J. y BOUCHET, N. (Eds.): *US Foreign Policy and Democracy Promotion: From Theodore Roosevelt to Barack Obama*, London, Routledge, 2013, pp. 102-120.
- ROSTOW, W. W.: *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.
- RUSSETT, B. y ONEAL, J. R.: *Triangulating Peace: Democracy, Interdependence, and International Organizations*, New York, W. W. Norton & Company, 2001.
- SCHWELLER, R.: "US Democracy Promotion: Realist Reflections", en Cox, M., IKENBERRY, G. J. e INOGUCHI, T. (Eds.): *American Democracy Promotion: Impulses, Strategies, and Impacts*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

- SEDACA, N. B. y BOUCHET, N.: "Holding Steady? US Democracy Promotion in a Changing World", Chanthan House, *Programme Paper*, febrero 2014. En línea: <http://www.chathamhouse.org/publications/papers/view/197475>.
- SEN, A.: *Desarrollo y libertad*, Barcelona, Editorial Planeta, 2000.
- SMITH, S.: "US Democracy Promotion: Critical Questions", en Cox, M., IKENBERRY, G. J. e INOGUCHI, T. (Eds.): *American Democracy Promotion: Impulses, Strategies, and Impacts*, Oxford, Oxford University Press, 2000.
- SPIRO, D. E.: "The Insignificance of the Liberal Peace", *International Security*, vol. 19, n° 2, 1994, pp. 50-86.
- SZMOLKA, I.: "Democracias y autoritarismos con adjetivos: la clasificación de los países árabes dentro de una tipología general de regímenes políticos", *Revista Española de Ciencia Política*, n° 26, julio 2011, pp. 11-62.